

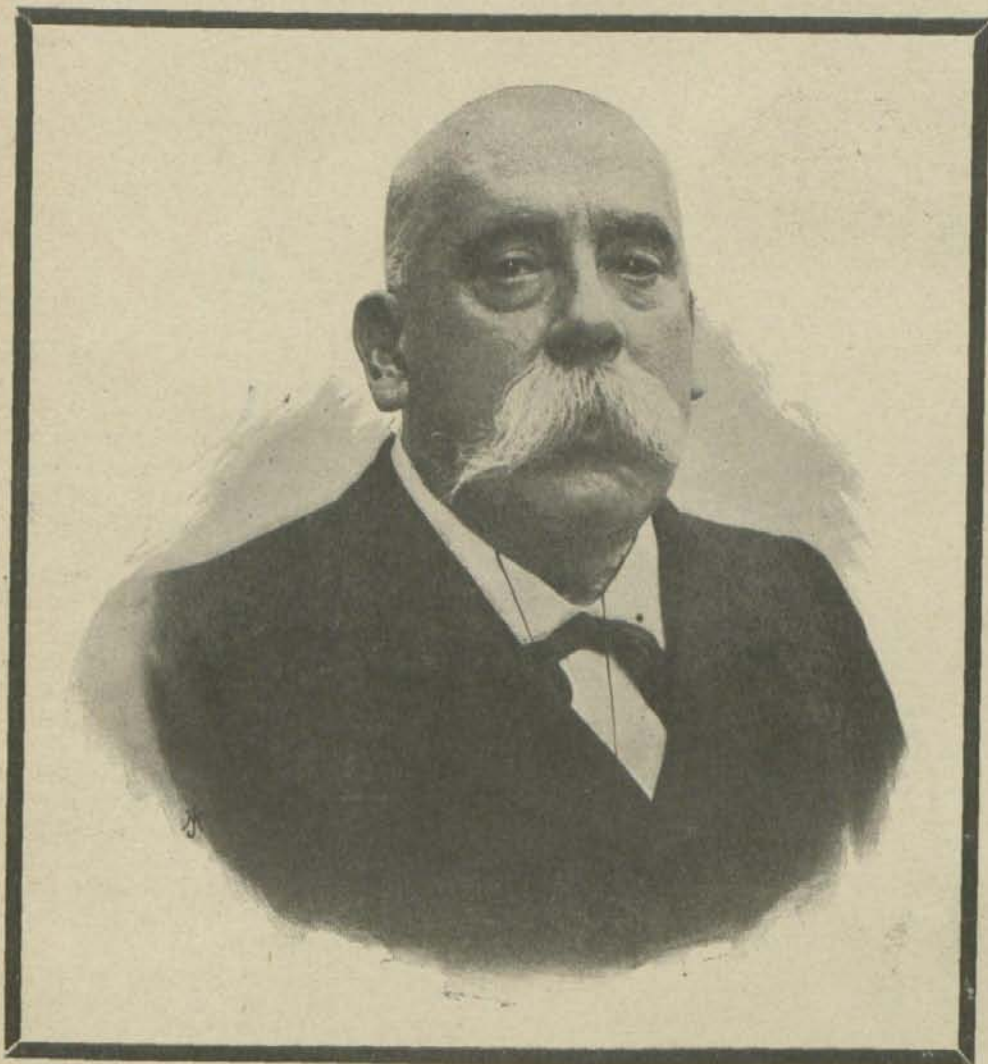
IRIS



EMILIO CASTELAR

Poco podríamos añadir á la extensísima información de la prensa diaria respecto á la existencia del ilustre tribuno, á cuya voz tantas veces se sintieron arrebatadas de entusiasmo las multitudes. Todos saben ya que Castelar nació en Cádiz el año 32, pasó sus primeros años en Elda, estudió en Madrid, fué catedrático, periodista, conspirador, ministro, presidente de la República, diputado, etc. No nos gusta repetir, y, por lo tanto, diremos sobre Castelar lo que nos consta personalmente.

Era allá por el otoño de 1863. Habían comenzado las clases en la Universidad, y entre ellas la de



EXMO. SR. D. EMILIO CASTELAR
EX PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA

Castelar. Tenía éste poco discípulos, una docena lo que más: Sánchez Ruano, Francisco Rivero, un señor Elizalde, prodigio de saber, y otros menos célebres en lo futuro; la clase era de tres á cuatro y media, y el aula una de las más capaces del primer piso.

Imposible penetrar allí á las dos y media; ya no cogía ni un alfiler. La atmósfera era asfixiante. A las tres y cuarto (el cuarto de hora del catedrático) aparecía Castelar abriéndose paso difícilmente por entre el apiñado gentío que ocupaba también la plataforma donde estaba la mesa, hacinados en las gradas los demás. Murmullos de admiración.

Nada más hermoso que aquella media figura que, envuelta en la toga, se proyectaba contra la pared. ¡Qué cabeza la de Castelar! Se ha hablado de la de Shakespeare; pero era muchísimo más intelli-

gente la suya. —Chico! ¡Mira! ¿No ves la llama del genio brotar de esa espaciosa frente?—me gritaba un día, á cinco pasos de Castelar un tal F. N. A., que después tuvo alguna celebridad, y á pesar de lo cursi de la metáfora tenía razón N.

Aquel curso,—Historia de España,—comenzó por los Reyes Católicos. Castelar empezaba por dictar el sumario de la lección á sus discípulos,—*rari nantes in gurgite vasto*,—con un hilo de voz delgado, argentino. Restregábase á veces los ojos, enrojecidos por el insomnio, y en familiar tono hablaba de que no había dormido aquella noche engolfado en leer á los embajadores venecianos, á éste, al otro...

Por fin, entraba en materia. No se oía una mosca; sólo de vez en cuando el desesperado esfuerzo de los que querían abrir la puerta, contra el empuje formidable de los de dentro. Castelar se enfadaba,—con los ojos,—pero los oyentes se indignaban.

Cada lección era un encanto; grandes alabanzas á Isabel y demás; mucha gloria; Colón, abrumado á ditirambos, etc.

Así llegamos á Carlos V, grandemente admirado por Castelar, hasta que, por fin, llegó el día de hablar de «aquel triste y lluvioso día de Villalar, en que hasta los cielos lloraban al ver perdidas las libertades de Castilla». Viene el referir la degollación de los Comuneros, y ¡oh! lamentable espectáculo! ¡Qué era aquel desconsolado llorar de todo el mundo! No había pañuelos bastantes á enjugar las lágrimas. Verdad es que hubieran llorado hasta las estatuas al oírle.

A consecuencia de aquello y aumentando de una manera alarmante los oyentes, la clase fué trasladada al aula más capaz del primer piso, por más que resultara tan insuficiente como la otra.

Las lecciones siguientes fueron de entusiasmo ante los triunfos del vencedor de Muhlberg, hasta que una tarde... como la de Villalar, le toca la vez al naufragio de Carlos V, en Argel. ¡Aquello sí que fué el disloque! ¡Me río yo de las tempestades de todas las sinfonías y óperas! Para tempestad aquélla; para elegía la de Carlos V, vagando errante, solo, por las playas argelinas. El auditorio estaba aplanado, consternado; no solamente estaban hechos un mar de llanto la mayoría, sino que había quien no podía dominar sus sollozos. Por igual lloraban sus discípulos de Filosofía y Letras que los oyentes de Derecho, Medicina, Farmacia, Veterinaria, Escuelas especiales, cursillo de Ingenieros Militares, curas liberales, periodistas y demócratas con tienda abierta que llenaban la espaciosa aula.

Vino Felipe II, y no le trató muy mal Castelar; con quien se mostró poco caritativo fué con la pobre María Tudor, la inglesa, provocando maliciosas risas á su costa, y por de contado grandes aplausos al comparar á las españolas con las hijas de la nebulosa Albión.

Y que aplausos también en aquellas famosas *síntesis*: «¡España, señores fué grande y caballeresca con Carlos I, monástica y despótica con Felipe II, devota y menguada con Felipe III, poeta y cortesana con Felipe IV, hechizada é imbécil con Carlos II, para entregarnos después, ¡oh, maldición!, á la aborrecida gente de Francia!»

O bien: «¡y entonces los levantiscos catalanes pensaron en constituirse en una libre é independiente república!» (Frenéticos y ensordecedores aplausos, vivamente contenidos por el catedrático.)

Y aquellas palabras casi de rúbrica al final de cada lección, como remate de un párrafo pronunciado sin tomar aliento por un espacio de tiempo inconcebible... «¡LA LIBERTAD!»

La verdad es que si aquella clase era el templo de la Elocuencia era asimismo una fábrica de demócratas. Imposible entrar allí siendo *neo*, y no salir hecho un entusiasta republicano, excepto el señor Elizalde, á quien decididamente no había manera de hacerle salir de sus trece.

Justo, es decir, sin embargo, en honor á Castelar que no explotaba su cátedra para propagar sus doctrinas; éstas se propagaban solas. Ni es menos cierto que sus lecciones estaban concienzudamente preparadas, y hubiera podido demostrar todo lo que decía textos en mano. Si algo se le podía censurar era precisamente ser demasiado benévolo con el *austriacismo*, fuente de todas nuestras presentes desdichas.

Por entonces vestía Castelar con relativa pobreza: un levitín de paño castaño, pantalones quizá algo cortos y sombrero nada flamante. En la cátedra, con su toga, y dejando ver tan solo la parte superior del cuerpo era admirablemente magnífico; cuantos asistíamos á su clase, en punible ejercicio de *novillos* de zoología, química, procedimientos, materia farmacéutica, álgebra, hermética, pedagogía, etc., etc. idolatrábamos en él.

Jamás le he vuelto á oír á Castelar desde entonces, pero juro á Dios que un efecto como aquel del naufragio de Carlos V no lo habrá vuelto á producir en su vida, ni en las Constituyentes ni en las constituidas.



ALFREDO OPISSO



J. Agrassot: EL REGRESO A LA ALQUERÍA

© Biblioteca Nacional de España



ESPERANDO

III

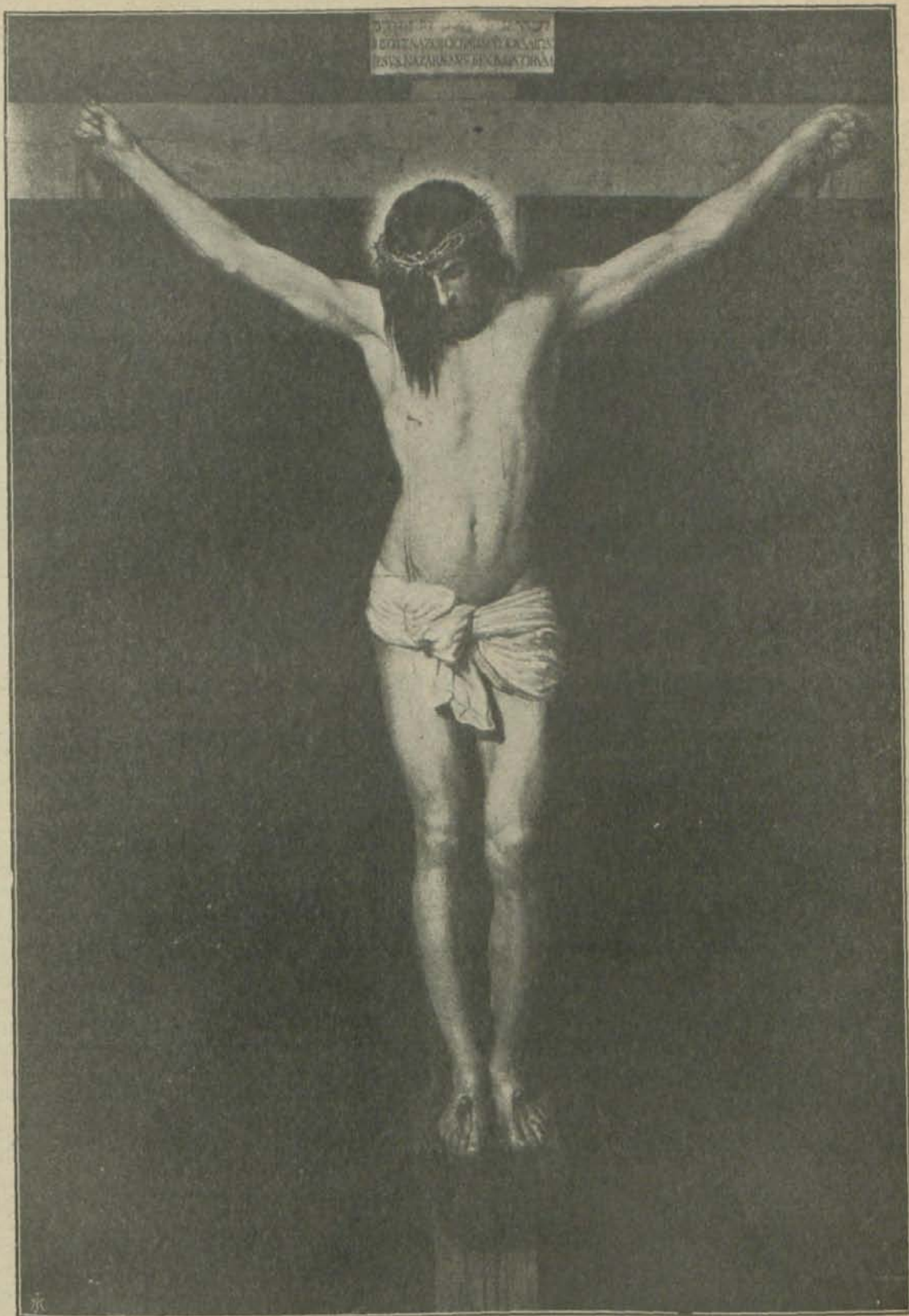
CENTENARIO

DE



VELAZQUEZ

H. Parbosa



CRISTO CLAVADO EN LA CRUZ

LA VIDA

(1599-1660)

D. Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, cuyo centenario celebra España, es el primero de los pintores españoles... y extranjeros. No basta decir que no hay quién le supere, sino que es necesario afirmar que no hay quién le iguale.

Nació el grande hombre en Sevilla, el día 6 de junio de 1599. Su educación hubo de ser, por las muestras, muy esmerada. Llevado de su vocación á la pintura tuvo por primeros maestros á Herrera el Viejo y á Francisco Pacheco; pero parece que atendió más que á éstos á un tercer maestro, la Naturaleza.

Pudo ver Velázquez en Sevilla bastantes cuadros italianos y flamencos, pero se aficionó, sobre todo, á los de aquel harto preterido Luis Tristán, uno de los contados discípulos del Greco. Tristán fué, como diríamos hoy, una revelación para Velázquez, tan conformes eran sus



FELIPE IV



LAS MENINAS

gustos. El joven pintor, casado ya con D.^a Juana Pacheco, — la hija de su maestro, — no tuvo desde entonces otro pensamiento que el de trasladarse á Madrid, como así lo hizo (1622) al objeto de estudiar los maestros de las magníficas colecciones de Madrid y el Escorial, y entonces fué cuando pudo estudiar al Greco, cuyas obras le produjeron profundísima impresión, ejerciendo la más decisiva influencia en su obra.

Regresó Velázquez á Sevilla, pero al año siguiente volvió á Madrid, llamado esta vez por Olivares; Pacheco, que conocía todo lo que valía su yerno y el porvenir relativamente risueño que le aguardaba, le acompañó, lleno de halagüeñas esperanzas. Realizáronse, en efecto. Felipe IV, que sentía viva afición á las artes, quedó encantado de algunos originales de Velázquez, y le encargó su retrato. El joven artista sevillano puso manos á la obra, y tan bien lo hizo que el rey mandó destruir todas las efígies que hasta entonces se le habían hecho y nombró á Velázquez su pintor de cámara, á cuyo cargo reunió más adelante los de *hugier de cámara* y *apostatador mayor*. Tales eran las costumbres del siglo.

Poco tiempo hacía que desempeña-

ba en palacio sus dobles funciones de pintor de cámara y hugier de ídem, cuando llegó á la corte Rubens y visitó al joven retratista, cuyas maravillosas facultades reconoció al momento, y doliéndose de que las empleara en asuntos harto incongruentes con la altura de su genio, le aconsejó se dedicara á pintar asuntos de mayor importancia, para lo cual, á su juicio, convenia hiciese un viaje á Italia. Velázquez siguió el consejo de Rubens, y partió para Venecia donde estudió á Ticiano, Tintoretto y el Veronés; estuvo en Roma, donde copió parte del *Juicio Final*, de Miguel Angel, y de la *Escuela de Ate-*



EL BOBO DE CORIA

nas, de Rafael y otras obras de estos mismos gloriosos pintores; visitó á Nápoles y contrajo grande amistad con Ribera, y, por fin, encerrándose en su taller, trabajó con su acostumbrado ardor hasta volver de nuevo á Madrid, en 1631, con dos obras que atestiguaban al par que su poderoso talento la plenitud de su desarrollo: eran esas dos obras *La Túnica de José* y *La Fragua de Vulcano*, las cuales figuran hoy en el Museo de Madrid.

Velázquez fué acogido con sin iguales muestras de entusiasmo, y nadie le disputó el primer lugar entre los pintores españoles. A él acudió desde Sevilla su com-



LA FRAGUA DE VULCANO



EL PRÍNCIPE D. BALTASAR CARLOS

patriota Bartolomé Esteban Murillo, nacido veinte años después de D. Diego, y Velázquez, siempre noble, caballeresco, hidalgo, digno, bueno, honrado, en plena gloria y en plena autoridad, le acogió con paternal cariño, le alentó, le presentó á los que podían serle útiles, le buscó trabajo, le proporcionó acceso á palacio y al Escorial, le tuvo en su taller y le dió todo género de consejos y lecciones, de tal manera, que al regresar á Sevilla dos años después, ya no era el mismo, sino que era el gran Murillo.

Corría el año 1648, cuando el rey de España, y ex rey de Portugal, tuvo la ocurrencia de querer llenar de magníficos cuadros y estatuas su morada, y dió á Velázquez el encargo de pasar á Italia á comprarlos. Espinosa era la embajada, no sólo por el cuidado en no dejarse engañar por los hábiles falsificadores de obras maestras, sino porque aquella gente querían cobrar á toca-teja, y Velázquez andaba muy escaso de fondos. Con todo, hizo excelentes adquisiciones: algunos cuadros del Tintoretto y del Veronés, bastantes del Correggio, reproducciones de estatuas antiguas, etc. En cuanto á aprender, ¿quién era capaz de poder enseñarle nada? Lo que hizo, sí, fué dejarse en Italia una obra maestra: el retrato de Inocencio X, que deja completamente anulados todos los ca-

po-lavori de la Galería Doria. Esta vez pudo admirar Velázquez la obra del Correggio en Parma, del Dominiquino en Boloña, y cambiar un abrazo con su amigo Ribera en Nápoles. Los inventarios redactados, explicando la historia y el asunto de cada cuadro ó estatua, son admirables por su estilo, en el que se descubre al Velázquez del pincel.

De vuelta á Madrid, no volvió á ausentarse hasta 1660 en que, en su calidad de *apoyentador mayor*, tuvo que arreglar el decorado del pabellón de la isla de los Faisanes en que celebró la famosa entrevista entre Felipe IV y su futuro yerno Luis XIV. Aquel viaje y aquellas fatigas acabaron con la salud, ya de tiempo quebrantada, de Velázquez, que falleció en 7 de agosto de 1660, á los sesenta y un años de edad. Siete días después fallecía su noble esposa.

LAS OBRAS

Cultivó Velázquez todos los géneros: el religioso, histórico, el paisaje, el retrato, el desnudo, los inferiores, naturalezas muertas, los floreros y fruteros: todos, en una palabra, incluso pintar sobre las astas de los ciervos cazados por Felipe IV, las proezas cinegéticas del monarca, para complacerle.



SAN ANTONIO Y SAN PABLO, ERMITAÑOS

Enumeraremos primero las obras que figuran en el Museo de Madrid.

PAISAJE. — Dos *Vistas de Aranjuez* (la *Alameda de la Reina* y la *Fuente de la Isla*) y una *Cacería de jabalíes en el Hoyo del Pardo*; no menos importantes las tres en el concepto artístico que como preciosos documentos históricos, tanta es la riqueza de detalles que

contienen sobre las costumbres y usos de aquella sociedad. Su *Cacería*, sin embargo es una copia. Créese que el original es el que hay en la *National Gallery*, de Londres, muy deteriorado. Posee una reducción,



LA FÚNICA DE JOSÉ

méjor conservada, Sir Richard Wallace.

A estas dos obras hay que añadir varios bocetos y estudios, y se podría agregar también el *Arco de Tito*, de Roma, aparte de lo cual son muchos los admirables paisajes que sirven de fondo á otros cuadros y retratos.

PAISAJE HISTÓRICO-RELIGIOSO. — *San Antonio y San Pablo, primer er-*

mitaño; obra de magistral factura, á grandes brochazos, tan bella como sencilla y sublime.

RETRATOS. — Fué el sino de Velázquez tener que pintar, casi siempre, gente muy poco sim-



LOS BORRACHOS

pática por la facha, además de lo estrafalario de las vestimentas tratándose de mujeres, con sus gorgueras y guarda-infantes. Abundan las efigies de Felipe IV, joven, adulto, viejo, á pie y á caballo, orando, pasando revista, de busto y de cuerpo entero; hay los retratos de sus dos esposas, Isabel de Borbón y María Ana de Austria; del príncipe Baltasar Carlos; de Felipe III y Margarita de Austria; hay Olivares, Benaventes, etc.; hay los bufones y enanos: *Barbarroja*, *D. Juan de Austria*, el *Primo*, el *Niño de Vallecas*, el *Bobo de Coria*, *D. Antonio el Inglés*, *Sebastián Morra*; pero en honor á la verdad, no se recomiendan por su físico los retratados. Y no hay que decir cuán de lamentar es que Velázquez no hubiese tenido otros modelos, pues en las pocas figuras de mujer bonitas ó hermosas que nos ha legado puede admirarse lo bien que conservaban su dulzura y su encanto. ¡Velázquez, no obstante, veíase condenado á pintar rostros de viejos ó de cacóquimos y gente empirogotada, cuando no seres contrahechos, y ¡cuánta no sería la magia de su pincel si aun así, tratándose de retratos de aparato, es único entre los primeros!



LAS HILANDERAS

Aparte de esos retratos oficiales tiene Velázquez los de su esclavo, amigo y discípulo Pareja; el del grande escultor Montañés (tomado hasta hace poco por el de Alonso Cano), el de Góngora, el de Quevedo, los de varios ilustres desconocidos, y el que se supone ser de su esposa, busto de perfil con un manto amarillento. Se le conoce con el nombre de *La Sibila*.

ASUNTOS RELIGIOSOS. — No sentía mucha afición Velázquez á ocuparse en temas sagrados, y se comprende, pues naturalista ante todo había de costarle trabajo representarse á los seres inmateriales. Citaremos entre sus principales obras de este género el admirable *Crucifijo*, pintado para las monjas de San Plácido; la *Adoración de los Magos*, perteneciente á su primer estilo, y la *Coronación de la Virgen*, obra de sus últimos años.

CUADROS PROFANOS. — Bajo esta denominación compréndense algunas obras que si bien de género son verdaderos cuadros de historia por su elevado estilo y sus dimensiones, y el único cuadro histórico que pintó Velázquez. Los primeros son las *Hilanderas*, las *Meninas*, los *Borrachos*, *La Fragua de Vulcano*, *El dios Marte*, *Menipo y Esopo*, *el Actor ensayando*, *el Pretendiente*, *Mercurio y Argos*; el segundo es la rendición de *Breda* ó sea el *Cuadro de las Lanzas*. Cuanto pudiera decirse en alabanza de esas obras prodigiosas sería insuficiente para dar idea de su maravillosa ejecución.

«Los únicos cuadros dignos de este nombre son los de Velázquez», ha dicho un insigne crítico norteamericano. Luca Giordano exclama ante las *Meninas*: «¡Esto es la teología de la pintura!» «No he visto



LA ADORACIÓN DE LOS MAGOS



D. ANTONIO EL INGLÉS

nada comparable á este hombre,—escribía Henri Regnault.—¡Qué colorido, qué encanto, qué aspecto tan nuevo y original! Es una pintura joven, sana, nacida sin esfuerzo, sin trabajo, sin dificultades. ¡Quisiera tragarme á Velázquez entero!» «Velázquez puede ser considerado como el primero de los maestros», dice Luis Viardot. «La obra maestra entre todos los retratos,—escribe Taine, refiriéndose al palacio Doria, donde los hay del Veronés, de Sebastián del Piombo, del Bronzino, de Rafael,—es el del papa Inocencio X, por Velázquez». «Ha sabido pintar al aire», decía Moratín. «El inglés David Wilkie,—refiere Viardot,—el autor de *La Gallina Ciega* y del *Bedel de aldea*, había ido de Londres á Madrid expresamente para estudiar á Velázquez, y simplificando aun el objeto de su viaje de todas las obras de Velázquez no estudió más que los *Borrachos*. Cada día, hicie se el tiempo que hiciere, se iba al museo, se colocaba delante de su querido cuadro, pasaba tres horas en silencioso éxtasis, y después, cuando la fatiga y la admiración le habían rendido, dejaba escapar un *juf!* del fondo de su pecho, y tomaba el sombrero.» Yo puedo asegurar que ha habido un pobre jovencito provinciano que encontrándose de pronto ante *Pablillos* se quedó allí plantificado sin acertar á moverse hasta que sus compañeros vinieron á sacarle de su éxtasis.

En el extranjero hay varias obras de Velázquez, y aun puede que alguna sea copia.

Ya hemos hablado de la *Cacería de jabalies* ó *La Tela real* de la *National Gallery*, de Londres, y del retrato de Inocencio X en Roma. Hay un retrato de una Infanta en el Louvre. En el Belveder de Viena se admira un *Cuadro de familia*, análogo á las *Meninas*, representando la familia del pintor: su esposa, sus hijos, sus criados y él mismo.

En la colección de Lord Rokeby, figura una *Venus echada*, primer desnudo de un pintor español. Es una gitana andaluza, tendida sobre un lecho cubierto de un paño negro, vuelta de espaldas y mirándose en un espejo. En la *National Gallery* poseen un *Cristo en la columna*; en la galería de Módena existe un retrato del joven Francisco de Este; en la del duque de Arcos el del almirante Adrián Pulido; en la del Príncipe Pío, de Milán, el del marqués de Castel Rodrigo; en el Instituto Staedel de Francfort, un retrato del cardenal Borgia; en Ruan se admira el llamado *Geógrafo*; en Dresde un retrato de *Viejo*, que parece ser Juan Mateos, montero mayor de Felipe IV; en Bridgetown House figura el retrato de *Julianillo Olivares*, hijo del conde-duque; en el Colegio de Dulwich el de Felipe IV; en Berlín tienen una *Doña Juana de Miranda*, y lord Rokeby, el dueño de la *Venus del espejo* posee también el cuadro llamado



EL ACTOR ENSAYANDO, Ó PABLILLOS

La señora del abanico, gallarda española en pie de guerra, ó sea con mantilla, abanico y rosarios; finalmente en la Academia de Bellas Artes de Valencia figura un retrato auténtico del excelso pintor, por él mismo.

Tarea superior á nuestras fuerzas sería la de querer analizar los méritos de Velazquez, que sin rozar apenas el lienzo con su pincel, daba vida á los objetos é introducía el aire y la luz á oleadas. Todos han hablado de aquellos sus ojos que sabían ver tan bien; de aquella mano doctísima en armonizar, concertar y equilibrar tonos, figuras, planos y horizontes; de aquella ejecución tan fácil y elegante, de aquella suprema gracia que comunicaba á sus modelos; de aquella verdad llena de poesía, que transformaba en creación lo imitado.

Todos sus admiradores han insistido en su insuperable maestría para triunfar de la insignificancia y aun de la repugnancia de los modelos; en la sencillez de sus procedimientos; en su maravilloso don de manejar el color con tanta parsimonia, sacando de una paleta pobre los tonos más nacarados, los matices y medias tintas más variados y sutiles; la pureza de su luz; la incomparable corrección de su admirable dibujo; su empastación, si abundante, jamás recargada; su ejecución flexible y precisa, que lo subordinaba todo á la expresión de la vida y el carácter; la generosa amplitud de su espíritu; aquella grandiosidad de la postura unida á tanta sencillez en la composición; su exquisita discreción en la elección y número de los accesorios; la armonía de sus tonalidades, ligeras, matizadas, indefinibles, propiamente suyas; lo

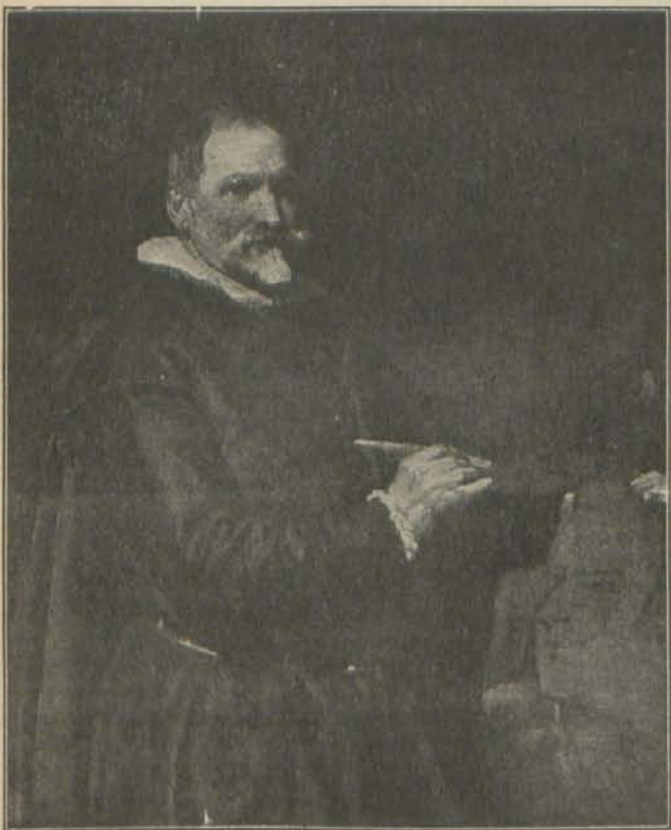


ESPOSO

infinito de sus coloraciones, tan magistralmente reunidas ó contrapuestas á la dominante... Todos alaban al creador de la vida, al que nuevo Pigmalión, sabía animar lo inanimado, produciendo la ilusión, aterradora en su potente fuerza, de la realidad viviente.

Tal fué Velazquez, «el hombre de la naturaleza y de la verdad». Su influencia, en este siglo, ha sido inmensa; no hablemos de España, donde se le presta verdadero culto, sino que en el extranjero se le considera como el supremo pintor entre todos los pintores; después de Wilkie han sido Seymour Lucas, Bonnat, Carolus Duran, Sargeant, Lenbach, los que le han ensalzado; su estatua ecuestre figura en la plaza del Louvre de París, y existe toda una literatura velazquiana en la que brillan nombres como los de W. Sterling, Justi, Emilio Michel, P. de Madrazo y más recientemente A. de Beruete que ha elevado al autor de *Las Meninas* un verdadero monumento.

Honrar la memoria de Velazquez en el tercer centenario de su nacimiento era, no solamente un piadoso recuerdo, sino un sagrado deber, ya que se trata de una gloria nacional tan grande como pura.



RETRATO DEL ESCULTOR MONTAÑÉS
(SUPUESTO AUTOR DE ALONSO CANO)



LA RENDICIÓN DE BREDA

A lo dicho hay que agregar, en honor á la justicia, algunas consideraciones. Podrá parecer hoy denigrante que á un tan grande artista se le nombrase *hugier de cámara*; pero dadas las costumbres de la época esto representaba un elevado testimonio de favor, y de ahí que, á pesar de todo, haya que reconocer los buenos deseos de Felipe IV en obsequio á D. Diego, al cual otorgó también el hábito de Santiago, pintándolo, según dicen, en su propio retrato de las *Meninas*.

Menos mal, aun, si con la aparente humildad de aquellos empleos palatinos hubiese coincidido el puntual cobro de las pagas y de los cuadros; pero todo menos eso. El primer sueldo de Velázquez quedó fijado en 20 ducados al mes, y pago aparte de los cuadros, y, sin embargo, en 1634 le vemos dirigir un memorial á Felipe IV, en el que le suplica que, «encontrándose muy necesitado», se le abonasen 1,500 reales que se le debían por pagas atrasadas, sin contar el estipendio por los cuadros que había pintado y entregado. ¡Mil ducados, por 18 cuadros!

En 1640 se le debían 500 ducados por atrasos, y el rey, de cada vez más prendado de Velázquez, le nombró aposentador mayor, con un sueldo anual igual á la suma susodicha; mas ¿de qué servía eso si no se había de cobrar? Algunos años después el sueldo fué de 700 ducados, pero á condición de renunciar al cobro de todos los atrasos. Triste situación, aunque era general, y no se limitaba únicamente á Velázquez.

Aunque palaciego, jamás el gran pintor se mostró orgulloso ni altanero, ni intrigante, ni muchísimo menos vicioso, á pesar de la profunda corrupción de aquella corte hipócrita; ni menos abdicó su independencia, como lo demostró noblemente al presentar de aquella manera inmortalmente caballeresca y admirable al marqués de Espinola en el cuadro de las *Lanzas*, á pesar de hallarse á la sazón desterrado y en desgracia el vencedor de Breda, victoria que, por cierto, no tuvo más utilidad que la de dar pie á Velázquez para pintar su cuadro.

Por una casualidad que podríamos llamar providencial, los franceses despreciaron las obras de Velázquez durante los pillajes á que se entregaron desde 1808 á 1813, y de ahí que no falte nada y todo esté aquí. Esta circunstancia fué causa de que Velázquez no fuese conocido absolutamente en el extranjero hasta que en 1834, viéndolo Luis Viardot, se apresuró á propagar su fama por Europa, de tal manera, que no hay quien proclame á Velázquez como el *super omnia*.

C. MENDOZA

PRIMAVERA

La dulce Primavera
de nuevo ha retornado;
los campos se revisten
de flores y verdor;
el aire por las frondas
circula embalsamado;
en la espesura se oye
trinar el ruiseñor.

Después del crudo invierno
renace la energía;
la sávia corre libre
con ímpetu febril;
por montes y por valles
se extiende la alegría
que infunden á las cosas
las auras del Abril.

Del sol los resplandores
derrámanse suaves
sobre la tierra entera
vibrante de placer.
En los profundos bosques
se oyen cantar las aves
á la claridad ténue
del dulce rosicler.

Mudable cual un niño
transforma sus colores
el cielo impaciente
de su serenidad;
y envuélvese entre brumas
y nieblas y vapores
para mostrar de nuevo
su dulce claridad.

Los cauces se dilatan
de los estrechos rios,
ya derretido el hielo
de la invernial prisión,
y en su naciente goce
á locos desvarios
se entregan embriagados
por el calor del sol.

Al formidable impulso
del gran renacimiento
no hay fuerza terrena
que pueda resistir;
á inmensas oleadas
con ímpetu violento
avanza por la tierra
el ansia de vivir.

¡Vivir! ¡Ley sacrosanta
que á todos les fué impuesta,
desde el primer instante
en que el mundo existió!
¡Vivir! ¡El deber único
con que cumplir no cuesta!
¡Vivir! ¡Supremo objeto,
entrañas del Amor!

La Primavera es toda
un cántico á la vida.
Desde la cumbre al valle
desde la selva al mar,
vibrante repereute
mil veces repetida
la aclamación frenética:
¡Amar y siempre amar!

El agua cristalina
á la tierra enamora
el germen fecundando
de dó saldrá la flor;
con fuerza incontrastable
fatal, dominadora
á todos los vivientes
impónese el Amor.

Lo Inconsciente vibra
al eco misterioso
de una indefinible
sensación sutil.
¿Qué es? ¡La Primavera!
El tiempo esplendoroso
de las floridas rosas,
el amoroso Abril.

J. DEL ÁLAMO



¡SED TENGO!

Abrumadó de tristeza
llamé al Placer, la cabeza
sobre tu seno turgente,
y al punto lo ví á mi lado
llena de nectar dorado
la copa resplandeciente.

—Y ¿por qué,—con voz sentida
le pregunté,—de mi vida
no endulzas la amarga vena?
¿Por qué me dejas á solas
naufragar entre las olas
del tedio que me envenena?

¿Por qué en vano te persigo
y en vano amoroso abrigo
en mis ansias te reclamo?
¿Por qué acariciarme eludes?
¿Por qué siempre á mí no acudes
si entristecido te llamo?

—Te quejas injustamente,—
me repuso dulcemente
el Placer;—yo siempre estoy
de tí cerca y siempre vengo,
á ofrecerte cuanto tengo,
cuanto valgo y cuanto soy.

Yo cuando tu ser me invoca
lleno aproximo á tu boca
mi vaso más diamantino;
pero apenas lo has quitado
te separas de mi lado
y prosigues tu camino.

La culpa es tuya y no mía
si la existencia te hastía;
yo tus quejas no merezo;
te convencerás en breve
y si no acércate y bebe
los néctares que te ofrezco.

Y me brindó el contenido
de la copa en que he bebido
engañado tantas veces,
y bebí, y tras un momento
sentí lo que siempre siento,
¡el amargor de sus heces!

—¿Lo ves? me dijo. Es en vano
que á tí acuda; es tu tirano
tu condición triste y loca;
alzas demasiado el vuelo
de tu aspiración; el cielo
se admira más no se toca.

Así, pues, mas no me llares;
es inútil que reclames
luz que disipe la bruma
y que aleje redentora
el tedio que te devora
y el cansancio que te abruma.

Y con la copa en la mano
el Placer en el lejano
confín se hundió raudamente
y yo lleno de tristeza
volví á inclinar la cabeza
sobre tu seno turgente.

ARTURO REYES



F. SANZ CASTAÑO: LA PROCESION DEL CORPUS

PEPITORIA

Entusiasmo profesional.

Un judío presenta su hijo á un amigo y correligionario.

—Parece increíble; el muchacho no tiene más de doce años, y ya engaña á un cliente como usted y como yo.

—Sargento, ayer estuvo usted en la taberna con dos simples soldados.

—Fué para impedir que se excedieran.

—Explíquese claro.

—Le diré á usted. Tuve noticias de que habían encargado cuatro botellas, lo cual era demasiado para dos hombres, y yo fui para restablecer el equilibrio.

—¿Vuestro marido es cazador?—le preguntaron á la señora de L...

—Sí,—contestó ésta;—pero es tan torpe, que temo que un día su escopeta reviente de risa.

Juanito le dijo á su hermana menor que era una tonta.

Su mamá lo amonestó severamente, añadiendo:

—¿Cómo te has atrevido á decir á tu hermana que era una tonta? Ve á buscarla inmediatamente, y dile que lo sientes mucho.

Juanito obedeció al pie de la letra.

—Hermanita, siento mucho que seas una tonta.

Amor filial.

—Alfredo, hijo mío, ven á darme un abrazo tan fuerte como tu cariño.

—¡Ah! No, mamita: te haría daño.

Hablábase á un erudito de la nueva edición de cierta obrilla ya antigua, que no hay por que citar, y dijo:

—Es excelente, el escándalo del texto está conservado en toda su pureza.

Solución del problema núm. 2

— — —

R 7 E

P 4 E

R 7 D

P 5 E echec descubierto

P 6 E echec descubierto y mate.

P 4 G

R 7 B

R 8 E

R 1 B

—Pero ¡cómo bosteza, Pérez!—le decía su señora.

—Anastasia,—respondió él,—ya sabes que marido y mujer no son más que uno, y cuando estoy solo me aburro.

¡MARCHITA!

Un día primaveral
de nubes con arrebol,
las rosas de mi rosal
se enamoraron del sol.

Con los aires del orgullo
mostróse la preferida,
entreabierto en su capullo
y en su color encendida.

Arrebatada y gozosa
en la pasión ideal,
más gentil y más hermosa
fué la rosa del rosal.

Y al sol mi flor inocente
entregóse enamorada,
y un rayo del sol ardiente
secó la flor desdichada.

No sueñes gloria y pasiones,
que acaban en desvarío,
no pongas tus ilusiones
á tanta altura, bien mío:

que así acaban los placeres
y así mueren candorosas,
las flores y las mujeres
y las niñas y las rosas.

V.

CHARADA

Es el *prima* una partícula
que antepuesta á un sustantivo,
por el genio de las reglas,
le da contrario sentido;
dos tres cuarta de la costa
es un conjunto de sitios
artillados, al objeto
de atacar al enemigo
si acaso con sus bajeos
ó, si se quiere, navíos,
á la vista de la misma
se ofreciese de improviso:
el que *dos* palabra honrada
de casarse, será un pillo
si luego escurriese el bulto
por falso ó arrepentido;
el *cuarta quinta* es un arma
que emplean ya de continuo
pedigüeños descarados,
á veces dados al vicio.
Será *total* un reducto,
una caseta, un castillo
cuando le faltan los medios
para resistir un sitio.

J. M.^a T.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

D TEJAS

D

Las soluciones en el próximo
número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Achaparrado.

Jeroglífico comprimido.—Entre
gustos no hay disputas.

